

LA COMPRENSIÓN SINNOTTIANA DE LA METAFÍSICA

Viviana Suñol (UNLP/ CONICET)
vsunyol@gmail.com

En primer lugar quiero agradecer a Juan Bautista García Bazán y Verónica Parselis por su invitación y, en especial, por organizar las Jornadas en homenaje a la vasta trayectoria docente y académica del Dr. Eduardo Sinnott. Por mi parte, no tuve el honor de ser su alumna, pero he tenido el privilegio de contar con su colaboración y ayuda en distintas actividades académicas y me atrevo a decir que cuento con su cálida amistad. El Dr. Sinnott ha sido extremadamente generoso conmigo aún antes de conocerme personalmente. Su humildad, su capacidad de escucha y de dar aliento en momentos de vacilación, el respeto a la palabra dada, su rigurosidad y compromiso con la excelencia tanto en el plano humano como académico se revelan en cada uno de sus gestos y acciones. En términos aristotélicos, el Dr. Sinnott reúne las virtudes éticas y dianoéticas. Su figura se destaca por esta conjunción de virtudes humanas y académicas que —como bien sabemos quienes nos dedicamos de manera profesional a las ciencias humanas— lamentablemente no siempre van de la mano. Prueba de su generosidad es el hecho mismo de que me convocara para esta presentación aun cuando no soy una especialista en la obra que hoy nos reúne, lo cual significa un orgullo y, a la vez, un gran desafío.

Estos aspectos de su carácter se manifiestan también en la enorme labor de traducción que el Dr. Sinnott ha emprendido desde hace años en la colección Clásica de la editorial Colihue y que ha puesto a disposición del público de habla hispana las *Categorías* (2009), la *Poética* (2009), la *Ética Nicomaquea* (2010) de Aristóteles y *El Maestro* (2014) de San Agustín. Su monumental traducción de la *Metafísica* publicada en 2022 presenta algunas singularidades. En primer lugar, se destaca por su extensión, ya que excede ampliamente las mil páginas, lo cual ha obligado a ampliar el formato respecto del que habitualmente tienen los libros de la colección. Asimismo, ofrece el texto griego enfrentado a la traducción española y en ambos casos, establece con precisión la numeración canónica de la edición de Bekker. Si bien en todas sus traducciones abundan las notas, en el caso de la *Metafísica* es frecuente hallar páginas enteramente dedicadas a ellas.

El libro se inicia con una extensa introducción, que se compone de doce secciones más algunos anexos cronológicos, bibliográficos y terminológicos, a lo largo de los cuales el Prof. Sinnott ofrece las herramientas indispensables para aproximarse a este texto fundamental de la filosofía occidental. En este sentido, asegura que la *Metafísica* es, ante todo, el testimonio de la

extraordinaria empresa intelectual que Aristóteles emprendió de la ciencia buscada (*hē zetouménē epistéme*, expresión griega que significativamente da título a las Jornadas en su honor y que sintetiza su extensa trayectoria). Dicha ciencia versa sobre las estructuras últimas de la realidad. La relevancia de la obra reside en que nos confronta con la pregunta por el ser, a la cual acertadamente describe como “la pregunta más radical que la filosofía haya formulado”. A pesar de la complejidad argumentativa que caracteriza a la *Metafísica* y que en apariencia sugiere que es el fruto de una reflexión solitaria, el Dr. Sinnott destaca su naturaleza colectiva y dialógica, que se atisba en el seno de un sujeto en plural, un nosotros, que nos permite escuchar el eco del debate y la discusión filosófica sobre los que la obra se sustenta.

Teniendo en cuenta la magnitud y organización de la introducción, puede decirse que ella resume la comprensión sinnottiana de la *Metafísica*; por ese motivo, en esta presentación para la cual fui convocada, me dedicaré principalmente a analizarla destacando algunos aspectos que revelan la singularidad de su lectura. Las primeras secciones son de carácter general y están referidas a la intrincada historia de la conservación de los textos aristotélicos y a la peculiaridad de la *Metafísica* comenzando por el propio título de la obra, su compleja estructura, composición y ordenamiento de los catorce libros que la conforman. Aristóteles nunca emplea este término que —como el Prof. Sinnott nos advierte— es completamente ajeno a la lengua griega clásica. No obstante, todos los comentadores griegos más antiguos lo aceptaron ignorando incluso las denominaciones que el propio Estagirita empleó para designar a esa nueva disciplina ora como sabiduría, ora como ciencia, ora como filosofía primera, ora como teología. El profesor Sinnott presenta un lúcido y claro resumen de la historia de las interpretaciones que se han dado respecto de las diferentes definiciones que es posible reconocer a lo largo de la obra. Frente a la lectura unitaria tradicional, que entiende que se trata de enfoques sucesivos y convergentes de una misma disciplina, contrapone la perspectiva hermenéutica de Natorp (1885), quien asegura que existe una contradicción entre el carácter particular de la teología y la universalidad de la ontología; de esta visión derivan las interpretaciones más influyentes del siglo XX como lo son el enfoque onto-teológico de Heidegger y la lectura génética de Jaeger. Asimismo, menciona la reelaboración de interpretaciones de sesgo unitaristas más recientes, las cuales admiten que la filosofía primera puede ser teología sin dejar de ser una ontología general. Como veremos más adelante, el Prof. Sinnott se inclina (con algunas reservas) por estas últimas y su propia exposición se corresponde con una perspectiva unitarista. En efecto, en las siguientes secciones se dedica a analizar de

manera detallada cada uno de los enfoques que Aristóteles adopta en relación con esta nueva ciencia, siguiendo el orden en que aparecen en el propio texto aristotélico.

En su consideración inicial de la sabiduría como ciencia de las causas, la cual abarca los dos primeros libros (Libros I y II), el autor destaca, entre otras cuestiones, el carácter libre y autónomo de la sabiduría que la convierte en ciencia divina y la insuficiencia de la visión positivista tradicional que postula y contrapone el paso del mito al *lógos*. Por el contrario, subraya el hecho de que la transición entre el amigo de los mitos y el de la sabiduría se construye a partir de un horizonte común, que radica en la sensibilidad hacia lo sorprendente y lo admirable sustentada en la vocación de ambos por lo divino. En tal sentido, el Dr. Sinnott subraya la coloración religiosa que tiene la noción de *teoría*, la cual no parece ser suficientemente resaltada por la literatura actual.

En su análisis de la ciencia del ente en cuanto ente —que Aristóteles desarrolla en el Libro IV— el autor comienza con una consideración metodológica, que traspasa incluso los límites de la *Metafísica*. Respecto de esta última, destaca la coexistencia fáctica del método demostrativo propio de la ciencia con procedimientos de sesgo dialéctico, pese a que el propio Estagirita suele contraponerlos. El Prof. Sinnott subraya el hecho de que la científicidad de la ciencia del ente no puede responder de manera estricta a los requerimientos propios de la ciencia demostrativa por dos razones. Primero, porque carece de una unidad genérica y, segundo, porque la validez de los axiomas no puede ser estrictamente demostrativa, ya que son presupuestos de la demostración.

En el apartado referido a la prioridad de la ciencia del ente en cuanto ente, el Prof. Sinnott expresa la plausibilidad de la tesis unitarista. Sin embargo, con la medida que lo caracteriza señala las debilidades de ambos tipos de lecturas y sugiere que la parquedad de Aristóteles probablemente se deba al hecho de que la unidad disciplinaria de dicha ciencia era aún objeto de búsqueda para el filósofo (p. XXXIII n. 81). Por último, se detiene en los aspectos semánticos de “ente” y el problema que plantea su multivocidad para una ciencia que versa sobre él. Al respecto, explica que su indispensable unidad no está dada por la unicidad estricta de la sinonimia ni por la unidad puramente nominal de la homonimia, sino por la común remisión de una pluralidad de contenidos a un sentido central y único, es decir, un significado focal del ente tal como se lo denominó a partir del clásico trabajo de Owen (1960). Como advierte en una valiosa nota de página al texto (L. IV ii, pp. 228 n. 10), la novedad del descubrimiento de una relación semántica henónímica, que está dada por la correferencia

constante de la palabra a una misma única cosa o naturaleza determinada en sus diversas aplicaciones, es lo que permitió que Aristóteles viese posible una ciencia del ente. La dependencia semántica de los significados secundarios con el primario revela la dependencia ontológica y la centralidad de la noción de sustancia, que es el sentido propio y último de la palabra. Sinnott culmina su consideración del Libro IV exaltando la sutileza del argumento que Aristóteles elabora en el cuarto capítulo referido al principio de no contradicción que, a su juicio, es el más notable de la *Metafísica*, en la medida en que evidencia que este principio está implícito en el lenguaje. En este sentido, afirma que el solo acto de pensar, que es inseparable de hablar, “conlleva en el plano pragmático, la suposición tácita de la validez del principio”; de ahí que la única alternativa de un eventual adversario sea guardar silencio (p. XXXV).

En su análisis de la teoría de la sustancia, el Profesor Sinnott resume detalladamente los cambios que la misma experimentó desde su primera formulación en *Categorías* hasta su revisión en *Metafísica*. Si bien en ambas obras la categoría de sustancia mantiene su prioridad lógica y ontológica, la novedad reside en que en la segunda Aristóteles introduce la visión del individuo como compuesto (*súnonon*) de materia (*húle*) y forma (*eídos*, *morphé*). Esta reelaboración del tema da lugar a una ambigüedad terminológica, que el autor analiza con precisión, atendiendo al significado y la función que conceptos centrales como *eídos*, *ousía* y *hupokeímenon* tienen en cada una de las obras. Asimismo, advierte con lucidez que pese al asombroso esfuerzo de Aristóteles por lograr una unidad que supere el dualismo platónico subsisten dos planos ontológicos, a saber, la universalidad e inteligibilidad de la especie y la particularidad e indeterminación de la materia. En este sentido, sostiene que la sustancia entendida como principio y causa de la unidad y del ser compuesto mitiga el dualismo de materia y forma, pero este no desaparece en la medida en que se trata de principios irreductibles. Luego de la consideración de las modalidades del cambio de las sustancias sensibles, en especial, los modos de la generación y de las cuatro variedades de causas, se dedica a analizar las características de la materia. El Prof. Sinnott destaca el hecho de que fue Aristóteles quien introdujo esta compleja noción al vocabulario técnico filosófico y que su papel en la producción artesanal se constituyó en el “modelo para concebir la estructura de toda forma de generación” (p. LV). En primer lugar, analiza lo que el Estagirita denomina “materia primera” (*próte húle*) mediante la cual hace referencia a la materia sin más, libre de determinaciones, imperceptible e inseparable, que es sustrato de los elementos y que es finita porque pertenece al mundo sublunar. Respecto de la organización de la materia, se focaliza en la noción central de

“homeómero”, esto es, la modalidad básica de unión de materia y forma, que se da en un nivel secundario respecto del nivel elemental de la materia prima y que es comprendida como un continuo y no en términos mecanicistas como sus predecesores. En relación con el problema de la individualidad, el autor destaca que Aristóteles le devuelve a la cosa particular su autonomía ontológica, confiriéndole a la forma el factor de inteligibilidad. Pero también aquí reconoce que la principal dificultad aristotélica en lo que atañe a esta cuestión reside en la irreductibilidad del orden material respecto del orden formal.

En cuanto a la importante distinción entre potencia (*dínamis*) y acto (*enérgeia*) señala que la analogía que existe entre por un lado, materia y potencia y, por otro, forma y acto es correlativa con el paso de una consideración estática de la sustancia sensible a la consideración de la misma como móvil. En ambos casos, asegura, hay una anterioridad lógica, cronológica y ontológica de la forma respecto de la materia y de la actividad sobre la potencia. Por último, se ocupa de la teología que Aristóteles desarrolla en el final del Libro XII, uno de los temas más conocidos de la obra y donde el filósofo postula la singular existencia del motor inmóvil, como pura actividad y forma pura y al que solo en un pasaje denomina “Dios” (1072b25). Sinnott advierte que el dios aristotélico es un dios de los filósofos, que no se corresponde con ninguno de los dioses del panteón olímpico ni con ninguna representación religiosa de la Antigüedad, porque en estos sólo reconoce un fondo de verdad oscurecido por la imaginación mítica.

Respecto de la cuestión terminológica, el autor resalta el aporte aristotélico en el dominio del léxico filosófico y científico, pero advierte las dificultades que conlleva traducir algunos conceptos medulares de la obra que cuentan con una larga historia de interpretaciones y a los que se refirió la Dra. Fierro en su presentación. A pesar de su inadecuación para aludir a las nociones griegas de *ousía* y *tò ti ên eînai*, Sinnott conserva las tradicionales traducciones de “sustancia” y “esencia” por razones prácticas.

Entre los anexos que ofrece al final del libro se destaca un extenso léxico de los principales términos de la *Metafísica*, en el que consigna sus equivalentes al español, identifica cada una de sus apariciones en el texto así como en las notas y en la introducción donde ofrece precisiones sobre ellos; lo cual da cuenta de la minuciosidad, exhaustividad y, sobre todo, la gentileza con el lector que el Prof. Sinnott tiene de principio a fin de la obra.

A pesar de la innegable relevancia que desde el siglo XIII la *Metafísica* tuvo en la reflexión filosófica de Occidente, no abundan las traducciones del texto griego al español. Entre las más empleadas en nuestro medio, se destacan la edición trilingüe de Valentín García Yebra,

cuya primera aparición data de 1970; la de Tomás Calvo Martínez publicada en el año 1994 por la editorial Gredos y la traducción realizada por el profesor argentino Hernán Zucchi, originalmente publicada en 1978 revisada por el propio autor en 1986 y reeditada sólo en formato digital en 2015. Sin duda, la traducción realizada por el Prof. Sinnott resulta un aporte y una herramienta fundamental para las próximas generaciones. Tal como el propio autor y traductor reconoce, la obra está pensada para ser empleada por estudiantes universitarios, ya que la riqueza de sus numerosas notas tiene como propósito facilitar al lector no especializado la comprensión de pasajes de gran complejidad argumental, resumir las opiniones de los especialistas, referir a otros pasajes del tratado y del corpus aristotélico así como de sus antecesores. Sin duda, esta traducción será también una herramienta de consulta obligada para profesores y estudiosos del tema al brindar la comodidad de una edición bilingüe y, sobre todo, el acceso a una cuidada traducción a nuestra lengua que se atiene al texto original, pero que es, a su vez, clara y legible. Apoyándose en la edición del texto griego de Jaeger (1963) el cual transcribe, en su labor de traducción mantiene un profundo respeto por la fuente; de ahí que minimiza su intervención y acota su labor interpretativa evitando las paráfrasis. Fiel a la modestia que lo caracteriza, asegura que su propósito no es ofrecer una interpretación novedosa, pero cuando uno transita la obra percibe la agudeza y profundidad de su perspectiva filosófica conjugada con su gran capacidad didáctica, que se revela tanto en la introducción como en las notas. Confirmando, una vez más, su humildad y generosidad el autor invita a los lectores a que le envíen sus “comentarios críticos” proporcionándoles incluso su correo electrónico (p. LXXXIII). Su vasta trayectoria académica y docente se manifiesta en cada página de esta traducción, la cual —podría decirse— ofrece al lector la posibilidad de realizar una lectura guiada de la *Metáfisica*. Al igual que Aristóteles, el Prof. Sinnott continúa haciendo de su vida y de su obra una incansable búsqueda de conocimiento.